

## 1. Desde las profundidades de un golfo

Lomé, Togo, 19 de agosto de 2017

Día 118, 12 853 km

«Ahora mismo estamos jodidos... Y no solo por los disparos y la sangre de aquí afuera, sino porque la malaria ha remontado y se ha hecho fuerte de nuevo en mi cuerpo. Esta parte del planeta es muy dura, a años luz de lo que imaginábamos antes de venir. Aquí el propio camino te pone en tu sitio, la vida te enseña las tripas. ¡Vaya existencia tan maquillada tenemos en Europa!, donde lo malo y lo feo tratan de ser escondidos. Aquí todo se muestra como es, por amargo que parezca, y a nadie parece importarles lo más...».

De repente el lapicero saltó de mis dedos por culpa de una especie de explosión o un súbito golpe del otro lado de la tapia, en la carretera. Enseguida se produjo un gran alboroto; podía palparse el nerviosismo en el ambiente. Rosalía en cambio dormía como una niña. Tras toda la noche en vela, soportando con nerviosismo mis delirios, finalmente había sucumbido al agotamiento. Dentro de nuestro habitáculo, el calor y la humedad eran insoportables, costaba respirar.

Fatigado por las fiebres, trepé con gran esfuerzo a la cama para tenderme junto a ella; sudaba con la inocencia de un bebé durante la siesta. La muchedumbre pareció disolverse poco a poco, y el ambiente quedó de nuevo envuelto por una calma muy tensa. Me propuse continuar, ahora que por fin encontraba un poco de lucidez:

«Veo muchos ojos tristes a mi alrededor, suciedad, una naturaleza masacrada... Únicamente nos ven como “el blanco rico que nos trae cosas”. Y eso me frustra, apagando mi alma libre y cortándole las alas. Eso me ha ido debilitando con el tiempo... ¡Ojalá estuviésemos en otra parte!».

Rosalía resoplaba levemente a mi lado; ni siquiera comprendía lo valiente y fuerte que podía llegar a ser: «Asomaría la cabeza aunque ya le cubriese el barro», me dije mientras la observaba. Y no pude evitar sentirme culpable por no poder ser en ese momento la persona fuerte, arrasadora y segura que ella necesitaba ver siempre en mí.

A través de nuestra ventana, por encima de los muros, la ciudad latía indiferente a la violencia que esos días se asomaba a sus calles. Las mujeres iban y venían con

bultos imposibles sobre la cabeza. Las motos pitaban sin descanso, cargando pesadas pilas de sacos o inestables torreones de sillas. Los destartalados coches y camiones gruñían cansados, escupiendo densas nubes, cuyo negror hacía eco de su poder contaminante. Gritos y más gritos provenientes de cualquier frente, de gargantas ofreciendo pan, agua, frutas o cacahuets con cierto desespero. Alguna cabra deambulaba perdida entre el caos, mientras el vendedor de gavetas de enfrente ensordecía al mundo con sus estridentes altavoces.

«Estamos dando la vuelta al mundo», me sorprendí a mí mismo, fascinado pese a todo. Y, mientras mi mirada se perdía fatigada entre la tupida maraña exterior, mi mente febril me lanzó una sacudida: «¿Cómo hemos venido a parar aquí?». Entorné ligeramente los ojos y dejé que mi mente escapase por un rato de las zarpas de aquel rincón cualquiera de África. «Desde luego», me dije tras un descanso, «si una cosa tengo clara es que hasta aquí no hemos llegado huyendo de nada».

Y vaya que aquello era cierto: no huíamos de nada ni de nadie. No estábamos cansados de nuestras vidas ni necesitábamos darles ningún giro. No escapábamos de un trabajo que nos restase vida ni habíamos alcanzado los bordes de ningún abismo. Tampoco nos había rozado sutilmente la tragedia con sus mortíferas garras, revelándonos que estar vivos era un regalo.

No arrastrábamos crisis existenciales ni desastres personales o de pareja. No buscábamos señales providenciales ni soluciones, como tampoco afloraban fantasmas ni reproches del pasado. «¡Qué val!», me dije, «¡todo lo contrario!». Habíamos vaciado cada etapa anterior hasta su último resquicio, amábamos las personas que éramos y las que teníamos alrededor: el vínculo familiar era nuestro mayor tesoro. ¡Y claro que la vida era un regalo! Algo grandioso que no merecía sino ser gozado. «¿Acaso estas gentes y estos lugares nos habrían solucionado tales problemas?», pensé. «Aquel que se embarque en algo así huyendo de lo que sea me parece que se equivoca».

No queríamos cambiar el mundo. Aunque sí tal vez darle rienda suelta a nuestra forma de interpretarlo, viviendo con lo justo y gozando con la libertad del desprendimiento: del tiempo, de las pertenencias, de los lugares... Ni siquiera se trataba de dejarlo todo y salir en busca de un sueño. «¿Qué es lo que habíamos dejado acaso?», me dije. Salvando a los nuestros, no habíamos dejado absolutamente nada. Únicamente nos habíamos agarrado con más fuerza a lo único verdadero que teníamos —nosotros mismos— y caminábamos hacia adelante con ello.

«Átrévete a ser tú, esa persona que realmente quieres ser», había escrito una tarde cualquiera, varios años atrás. No se trataba más que de sernos fieles a nosotros

mismos: preguntarnos, escucharnos y actuar en consecuencia. ¿Acaso un acto tan abarrotado de lógica como aquel podía considerarse arriesgado? Quizá en ese momento estábamos allí —en aquel rincón caótico, ruidoso, sucio y contaminado del golfo de Guinea— únicamente por ello, porque estábamos dispuestos a ser nosotros, esas personas que realmente queríamos ser.

Miré dentro de mí y, pese a lo debilitado que estaba, noté a mi espíritu latir con fuerza. Lo alimentaba mi mente: voraz, insaciable; enseguida apasionada por cualquier cosa: la física, el arte, las palabras, los procesos mentales, la química de la fotosíntesis, una fila de hormigas, la luz y los colores o gasolina explotando dentro de un motor. Para ella todo tenía un interés, una belleza. Se dejaba embaucar igualmente por Rosalía y su entusiasmo por la historia y las lenguas; su insistencia en probar lo nuevo una y otra vez era tan refrescante...

Y aquella obsesión de siempre por los mapas; por los relieves, los cabos, las bahías y las distribuciones de climas, razas, cosechas, metales y minerales o los tipos de suelos. Todo lo que se escondía, en definitiva, *más allá de allá* donde llegaban normalmente mis pasos. Aquello estaba grabado en mi interior con tal fogosidad que había terminado por incendiarle igualmente el alma a Rosalía. Y tal y como Heródoto de Halicarnaso había hecho dos mil quinientos años atrás, teníamos claro que un buen día nos echaríamos lo justo a la espalda y saldríamos *abí afuera* en busca de saciar nuestra necesidad de conocer. De conocer por conocer. Porque sí. Y entregarnos a ello sin más. «Es lo normal, estamos vivos: ¿hacen falta mayores razones?», nos habíamos dicho tantas veces. «Solo un cerebro muerto dejaría de sentir interés por su alrededor».

Así que —me pareció comprender—, ni huíamos ni odiábamos ni estábamos cansados o buscábamos señales y giros en vientos lejanos y extraños. «Como mucho, buscamos comprender», me dije. Tratar de comprender —aunque fuese un poco— el planeta inmenso, rodeado de inmensidad, sobre el que se asentaban nuestros pies. Entregarnos a caminar por su corteza arrugada, comer de sus cosechas, sufrir sus climas, contemplar sus criaturas y dormir entre sus razas. Algo así y nuestra necesidad de vivir sus bellezas y atrocidades, sus grandiosidades y sus vergüenzas de primera mano era —posiblemente— lo que nos había llevado hasta aquel polvoriento rincón africano. Lo mismo que, un buen día, un año atrás, nos había llevado a comprar un billete de ida a Francia.